

843

Z.

pa 2519

.S78

v. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. Gassó Hermanos — Barcelona

Su Excelencia Eugenio Rougón

IX

Una mañana de marzo, en el ministerio del Interior, hallábase Rougón en su gabinete, muy atareado con la redacción de una circular confidencial que los prefectos habían de recibir al día siguiente. Deteníase de vez en cuando, respiraba con fuerza y apretaba la pluma contra el papel.

—Julio, deme usted un sinónimo á la palabra «autoridad». ¡Lengua más estúpida que la nuestra!... No hay línea en que no haya de repetir semejante vocablo.

—Pues, poder, gobierno, imperio—contestó el joven sonriendo.

El señor Julio d'Escorailles, á quien había tomado por secretario, abría la correspondencia en un ángulo del bufete. Con todo cuidado, y con ayuda de un cortaplumas, abría los sobres, se enteraba del contenido de las cartas con sola una mirada, y las clasificaba. Delante de la chimenea, en donde ardía un buen fuego, el coronel, el señor Kahn y el se-

Su Exc. Eugenio Rougón.—Tomo II i

ñor Béjuin, se encontraban sentados. Los tres, cómodamente repantigados, calentaban las suelas del calzado, sin decir esta boca es mía. Estaban como en su propia casa. El señor Kahn leía un periódico. Los otros dos, beatíficamente tumbados, daban vuel-tas á sus pulgares y contemplaban las llamas.

Rougón se levantó, llenó de agua un vaso que había sobre una consola y se lo bebió de un solo trago.

—No sé qué es lo que comí ayer—murmuró.—Tengo una sed rabiosa y me bebería todo el Sena esta mañana.

Y no volvió á sentarse en seguida, sino que dió la vuelta al gabinete, como para descoyuntar su corpulenta humanidad. Su paso conmovía sordamente el entarimado, oculto bajo la espesa alfombra. Fué á descorrer los cortinajes de terciopelo verde, para recibir mayor claridad, y después, en mitad de la vasta estancia, que ostentaba un lujo triste y descolorido de palacio amueblado, estiró los brazos y cruzó las manos por detrás del cuello, gozoso y como transportado de alegría ante el olor administrativo; el olor de poderío satisfecho que respiraba allí. A pesar suyo asaltábale la risa, reía-se solo, halagados sus hijares, con risa cada vez más potente en que resonaba su triunfo. El coronel y aquellos señores, al oír tan ruidosa jubilación, volvieron la cabeza y le dirigieron un silencioso movimiento de aprobación.

—¡Ah! sea como sea, es buena señal—dijo Rougón con toda sencillez.

Al volver á ocupar su asiento ante el enorme bufete de palisandro, Merle entró en el salón. El ujier vestía con toda corrección, llevaba frac ne-

gro y corbata blanca; hallábase recientemente afeitado, y su rostro aparecía digno.

—Perdone vucencia—dijo en voz baja,—pero se encuentra ahí el prefecto del Soma...

—¡Lléveselo el diablo! Estoy trabajando—contestó con aspereza Rougón.—Es fuerte cosa que no pueda disponer ni de un instante para mí.

Merle, sin desconcertarse, prosiguió:

—El señor prefecto asegura que Su Excelencia le espera. Se encuentran asimismo ahí los prefectos del Nièvre, del Cher y del Jura.

—Pues, bien, que esperen ¡ya están acostumbrados!—dijo Rougón en voz muy alta.

El ujier se retiró. El señor d'Escorailles se había sonreído. Los otros tres, que seguían calentándose, se repantigaron más á su sabor y muy satisfechos también por la contestación del ministro. Este se sintió halagado por su buen éxito.

—En verdad que hace un mes que no salgo de prefectos... Ha sido preciso que les mande venir á todos de una vez. Lindo desfile por cierto; los hay de lo más estúpido... A lo menos son obedientes; mas empiezo á estar hasta por encima de la coronilla... Por lo demás, esta mañana estoy para ellos.

Y volvió á su circular. En el tibio ambiente de la habitación tan sólo se oía el rasguear de su pluma de ganso y el ligero roce de los sobres abiertos por el señor d'Escorailles. El señor Kahn había tomado otro periódico; el coronel y el señor Béjuin medio dormitaban.

En el exterior, Francia, entregada á la pereza, guardaba el mayor silencio. El emperador, al llamar á Rougón al poder, proponíase hacer ejemplares. Constábale que su puño era de hierro; hábale

dicho, al día siguiente del atentado, impelido por la cólera de hombre salvado de tan gran peligro: «¡Nada de moderación! es preciso que se le tema á usted». Y acababa de armarle con aquella terrible ley de seguridad, que autorizaba el destierro á Argelia, ó la expulsión fuera del imperio, de todo individuo condenado por cualquier acto político. Aunque mano alguna francesa hubiese tomado parte en el crimen de la calle de Le Peletier, los republicanos iban á ser perseguidos y deportados; era como el escobazo sacudido á los diez mil sospechosos que quedaron olvidados el 2 de diciembre. Hablábbase de un movimiento preparado por el partido revolucionario; habíanse aprehendido, según se decía, armas y papeles. Desde mediados de marzo trescientos ochenta desterrados habían sido embarcados en Tolón, y ahora, cada ocho días, partía una expedición. El país se ponía á temblar, ante el terror que surgía, como humareda de tempestad, del gabinete de terciopelo verde, en donde Rougón se reía solo, estirando los brazos.

Jamás el grande hombre había disfrutado como entonces de tamañas satisfacciones. Manteníase perfectamente bien, y hasta engruesaba; con el poder habíale vuelto la salud. Cuando andaba hundía la alfombra á fuerza de taconazos, como para que se oyese la pesadez de su planta por todos los ámbitos de la nación. Cifraba su anhelo en no poner su vaso vacío sobre una consola, en no tirar una pluma, en no hacer el menor movimiento, sin que se produjera una sacudida en el país. Divertíale el haberse constituido en una especie de espantajo, el forjar el rayo, en medio del arrobamiento de sus amigos, el acogotar á todo un pueblo con sus

macizos puños de advenedizo burgués. En una de sus circulares había escrito: «A los buenos les toca tranquilizarse; tan sólo los malvados tendrán que temblar». Y desempeñaba su papel de Dios, condenando á unos y salvando á otros, con mano celosa. Un inmenso orgullo le embargaba, la idolatría de su fuerza y de su inteligencia, se trocaban en ordenado culto. Adjudicábase á sí mismo placeres de sobrehumano goce.

Entre la emergencia de hombres del segundo imperio, Rougón blasonaba, mucho tiempo hacía, de opiniones autoritarias. Su nombre representaba represión á todo trance, negación de todas las libertades, gobierno absoluto. Así, pues, nadie se llamaba á engaño al verle en el ministerio. No obstante, á sus amigos íntimos les manifestaba su verdadero sentir; eran las suyas, necesidades más que opiniones, tenía el poder por sobrado deseable, demasiado necesario á sus apetitos de dominio, para no aceptarlo, fuere cual fuere la condición con que se presentase. Gobernar, poner su pie sobre la cerviz de la multitud, allí residía su ambición inmediata; lo demás ofrecía sencillamente particularidades secundarias, con las cuales se avendría siempre. Su pasión única era la de ser superior. En aquella ocasión, solamente las circunstancias con que volvía á encargarse de los negocios, duplicaban para él la satisfacción del triunfo; por parte del emperador disfrutaba de omnimoda libertad de acción; así era, que ponía en práctica su antiguo anhelo de mandar á los hombres á latigazos, como si se tratase de un rebaño. Nada le ensanchaba tanto el corazón como el sentir que se le detestaba. Cuando sabía que á sus espaldas se le aplicaba el nombre de tirano, son-

reíase y contestaba con estas profundas palabras:

—Si caigo un día del lado de la libertad, dirán que me he vuelto lo de adentro afuera.

Pero la mayor de las voluptuosidades para Rougón la constituía el triunfar frente á frente, en presencia de los suyos, de sus íntimos y paniaguados. Olvidábanse de Francia, de los empleados postrados á sus pies, del enjambre de pretendientes que sitiaban su puerta, para vivir mecido en la diaria admiración de los diez á quince amigos que á la continua le rodeaban. A toda hora abríales su gabinete, dejábales reinar allí á sus anchas, sentábanse en los sillones y hasta se adosaban á su bufete, considerándose muy feliz con encontrarlos á toda hora, como quien dice, entre sus piernas, lo mismo que animales fieles. El ministro no era tan sólo él, éranlo todos, á quienes se tomaría por dependencias de su propia persona. Con la victoria, realizábase un trabajo de zapa, los lazos que les unían robustecíanse más y más, afanábase por consagrarles celosa amistad, empleando todo su conato en no hallarse solo, y sintiendo dilatársele el pecho con las ambiciones de todos y cada uno. Olvidaba sus secretos desprecios de antaño, llegando ahora hasta encontrarles inteligentísimos, muy fuertes, y, en una palabra, formados á su imagen y semejanza.

Quería sobre todo que se le respetase, respetándolo él á ellos, y defendíales con tesón, como habría defendido los diez dedos de sus manos. Sus disputas y reyertas considerábalas como suyas. Hasta llegaba á imaginarse que les debía sabe Dios cuánto, sonriéndose al evocar en su memoria su activa y constante propaganda. Careciendo de necesidades propias, proporcionaba á la banda ricas pre-

sas, disfrutaba al colmarla de favores, de la satisfacción personal de dar también mayor esplendor en torno suyo, al brillo de su fortuna.

En el vasto gabinete reinaba un discreto silencio. El señor d'Escorailles, después de haber examinado el sobrescrito de una de las cartas que abría, la entregó á Rougón, sin abrirla.

—Una carta de mi padre—dijo.

El marqués, con humildad servil, daba gracias al ministro por haber admitido á Julio en su despacho. Rougón leyó despacio las dos carillas de bonito carácter de letra. Dobló la carta y se la metió en el bolsillo. Acto seguido, y antes de volver á su tarea, preguntó:

—¿No ha escrito Du Poizat?

—Sí, señor—contestó el secretario buscando una carta entre las demás.—Empieza á conocer en su prefectura el terreno que pisa. Dice que los Deux-Sèvres, y en particular la ciudad de Niort, necesitan ser gobernados por mano férrea.

Rougón recorría la carta con la vista; y cuando hubo terminado:

—Es indudable—dijo,—que obtendrá los plenos poderes que solicita... No le dé usted contestación, pues es inútil. Mi circular le viene como anillo al dedo.

Volvió á tomar la pluma y buscó las últimas frases. Du Poizat había pretendido ser prefecto de Niort, en su país natal; y el ministro, cada vez que se requería una resolución grave, se preocupaba mucho, sobre todo de los Deux-Sèvres, pues gobernaba á la nación con arreglo á los consejos y á las necesidades de su antiguo compañero de miseria. Daba fin á su carta confidencial á los prefectos,

cuando al señor Kahn de súbito se le subió la cólera al campanario.

—¡Pero esto es abominable!—exclamó.

Y dando golpes con la mano al periódico que leía y dirigiéndose á Rougón:

—¿Ha leído usted esto?... Hay á la cabeza un artículo que tiende á excitar las más aviesas pasiones. Escuche V. esta frase: «La mano que castiga debe estar exenta de pecado, pues si la justicia llega á equivocarse, los lazos sociales se desligan». ¿Comprende usted?... ¿Pues y en la gacetilla? Aquí encuentro la historia de una condesa raptada por el hijo de un tratante en granos. No deberían dejarse publicar semejantes anécdotas, pues así se destruye el respeto del pueblo por las clases alcurniadas.

El señor d'Escorailles intervino.

—Sí, sí, ya me ha sido indicado ese número—dijo. Usted debe ver que he señalado los pasajes con lápiz rojo... ¡Un periódico que, á pesar de todo, es de los nuestros! Todos los días me veo en la precisión de espurgarlo línea por línea. ¡Ah! el mejor de esos malsines no vale un ardite; ¡habría que cortarles á todos la cabeza!

Y agregó más por lo bajo, mordiéndose los labios:

—He mandado llamar al director, y le estoy esperando.

El coronel había tomado el periódico de manos del señor Kahn. Indignése también y lo pasó al señor Béjuin, quien, por no ser menos, pareció disgustadísimo. Rougón, con los codos apoyados en la mesa, se mostraba pensativo, con los párpados á medio entornar.

—A propósito—dijo volviéndose hacia su secretario,—ese potre Huguenin murió ayer. Aquí tenemos

un destino de inspector vacante, y habrá que nombrar á álguien.

Y, como les tres amigos de delante de la chimenea levantasen súbitamente la cabeza, prosiguió:

—¡Oh! es un destino sin importancia. Seis mil francos. Verdad es que maldita la cosa que tiene que hacer.

Iba á continuar, pero fué interrumpido; habíase abierto la puerta de un gabinete inmediato.

—Entre usted, entre usted, señor Bouchard—exclamó.—Iba á mandar que le llamaran á usted.

El señor Bouchard, jefe de división de ocho días á aquella parte, era portador de un trabajo referente á los alcaldes y á los prefectos que aspiraban á obtener cruces de caballero y de oficial de la Legión de Honor. Rougón tenía veinticinco cruces que distribuir entre los que más lo merecieran. Tomó el trabajo, examinó la lista de los nombres y hojeó los expedientes de cada uno. Durante este intervalo, el jefe de división, acercándose á la chimenea, daba apretones de manos á aquellos señores. Púsose de espaldas y se levantó los faldones de la levita, para presentar sus nalgas á la llama.

—¡Maldita lluvia!—refunfuñó.—La primavera será tardía este año.

—Una lluvia de padre y muy señor mío—agregó el coronel.—Presiento un ataque; ¡como que he sentido punzadas en el pie izquierdo toda la santa noche!

Tras de breve silencio:

—¿Y la señora?—preguntó el señor Kahn.

—Gracias, está muy bien—contestó el señor Bouchard.—Me figuro que debe de venir esta mañana. Siguió un nuevo silencio. Rougón seguía hojean-

do los papeles. Al llegar á un nombre se detuvo:

—Isidoro Gaudibert... ¿No es éste por ventura uno que ha hecho versos?

—Sí, por cierto—contestó el señor Bouchard.—Es alcalde de Barbeville desde 1852. Para cada suceso fausto, como el matrimonio del emperador, el alumbramiento de la emperatriz, el bautizo del príncipe imperial, ha dedicado á Sus Majestades odas de inspiración y de buen gusto.

El ministro hacía un despectivo mohín. Pero el coronel afirmaba que había leído las odas; á él le parecían superiores, de lo que se ve poco. Especialmente citaba una en que comparaba al emperador con un fuego de artificio. Y, sin transición alguna, á media voz, y para satisfacción personal sin duda, todos aquellos señores pusieron á elevar al emperador á los mismísimos cuernos de la luna. A la sazón, toda la banda era bonapartista á macha martillo. Ambos primos, el coronel y el señor Bouchard, ya reconciliados y que no se tiraban á la cabeza los príncipes de Orleans y el conde de Chambord, luchaban ahora por quién de ellos haría el elogio del soberano en mejores términos.

—¡Ah! no ¡ese nunca!—exclamó de repente Rougón.—Ese Jusselin es hechura de de Marsy. No tengo necesidad alguna de recompensar á los amigos de mi antecesor.

Y con un trazo de pluma, que rasgó el papel, borró el nombre.

—No hay más sino que—repuso,—hay que dar con alguien... Se trata de una cruz de oficial.

Aquellos señores, no se movían. El señor d'Escaillles, no obstante ser muy joven, había recibido la cruz de caballero ocho días antes. Los señores

Kahn y Bouchard eran oficiales; el coronel acababa, por último, de ser nombrado comendador.

—Veamos; hemos dicho una cruz de oficial—repetía Rougón hojeando de nuevo los expedientes.

Mas se interrumpió, como asaltado por idea súbita.

—¿No es usted por casualidad alcalde en alguna parte, señor Béjuin?—le preguntó.

El señor Béjuin se contentó con inclinar la cabeza dos veces seguidas. El señor Kahn fué quien contestó por él.

—Ya lo creo; es alcalde de Saint-Florent, la pequeña comarca en donde radica su cristalería.

—Pues entonces, ¡miel sobre hojuelas!—dijo el ministro, alborozado de que se presentase aquella ocasión de impulsar á uno de sus paniaguados.—Precisamente no es más que caballero... Señor Béjuin, nunca se le ocurre á usted pedirme nada; mas por eso no he de pensar menos en usted.

El señor Béjuin se sonrió y dió las gracias. Era cierto que en su vida pedía nada; mas se hallaba siempre allí, sin chistar, modesto, esperando las migajas, y, como hay Dios, que lo recogía todo.

—León Béjuin, ¿no es eso? en lugar de Pedro Francisco Jusselin—dijo Rougón afectando el cambio de nombre.

—Béjuin y Jusselin son consonantes,—hizo notar el coronel.

Aquella observación pareció una broma muy delicada y la rieron mucho. Por último, el señor Bouchard se llevó los documentos firmados, Rougón se había puesto en pie; sentía cierta molestia en las piernas, decía, los días de lluvia le atormentaban. Entretanto la mañana iba avanzando y las oficinas

zumbaban á lo lejos; veíanse pasos rápidos atravesar las habitaciones inmediatas; había puertas que se abrían, otras que se cerraban; mientras que, acá y allá, oíanse cuchicheos, ahogados por los tapices. Muchos empleados llegaron todavía para presentar documentos á la firma del ministro. Era un ir y venir sin tregua ni reposo, la máquina administrativa acosada, con extraordinario gasto de papeles llevados de oficina en oficina. Y, en medio de aquella agitación, tras de la puerta, en la antesala, oíanse el no turbado silencio de las veintitantas personas que se amodorraban bajo las miradas de Merle, en espera de que Su Excelencia se dignase recibirlas. Rougón, como poseído por fiebre de actividad, luchaba entre todo el mundo, dando órdenes en voz queda en un rincón de su gabinete, estallando bruscamente en palabras violentas contra algún jefe de servicio, alijerando el trabajo, resolviendo los asuntos en una sola palabra; enorme, insolente, con el cuello hinchado, y con el rostro como reventando de vida.

Merle entró, con su tranquila dignidad, que los sofiones no eran parte á alterar.

—El señor prefecto del Soma...—empezó á decir.

—¡Otra vez!—interrumpió furiosamente Rougón. El ujier se inclinó y esperó á poder hablar.

—El señor prefecto del Soma me ha rogado que preguntase á Su Excelencia si podrá recibirle esta mañana. En caso contrario, Su Excelencia tendrá la bondad de señalarle hora para mañana.

—Le recibiré esta mañana... Que tenga un poco de paciencia ¡qué diantre!

La puerta del gabinete había quedado abierta, y se distinguía la antesala, vasta pieza, en cuyo

centro se veía una gran mesa y un cordón de sillones de terciopelo rojo adosados á las paredes. Todos los sillones estaban ocupados; hasta había dos señoras que se mantenían en pie, delante de la mesa. Las cabezas se volvían discretamente y las miradas se convertían al gabinete del ministro, suplicantes, ansiosas de penetrar en él. Cerca de la puerta, el prefecto de Soma, hombre pequeñín y paliducho, hablaba con sus colegas del Jurá y del Cher. Y como hiciese un movimiento para levantarse, creyendo sin duda que por fin iba á ser admitido, Rougón repuso, dirigiéndose á Merle:

—Dentro de diez minutos, entiéndalo usted... No puedo absolutamente recibir á nadie en este instante.

Mas hallábase hablando aún, cuando vió al señor Beulin d'Ochère, atravesar la antesala. Salió vivamente á su encuentro, y lo atrajo con un apretón de manos á su gabinete, exclamando:

—Vaya, entre usted, querido amigo. ¿Acaba usted de llegar, no es eso? ¿No ha tenido usted que esperar, eh? ¿Qué hay de nuevo?

La puerta se volvió á cerrar en el consternado silencio de los que aguardaban en la antesala. Rougón y el señor Beulin d'Orchère tuvieron una conversación en voz baja, delante de una de las ventanas; el magistrado, nombrado recientemente presidente primero de los Tribunales de París, ambicionaba el puesto de guardasellos; mas el emperador, sondeado acerca de él, se había mostrado impenetrable.

—Bien, bien—dijo el ministro alzando la voz.—El informe es excelente. Obraré en consecuencia, se lo prometo á usted.

Acababa de hacerle salir por sus habitaciones, cuando se presentó Merle anunciando:

—El señor La Rouquette.

—No, no; estoy ocupado; me aburre,—dijo Rougón haciendo un energético ademán para que el ujier cerrase la puerta.

El señor La Rouquette oyó perfectamente; mas no por eso dejó de colarse en el gabinete, sonriente y tendiéndole la mano:

—¿Cómo está Vucencia? Mi hermana es quien me envía. Ayer parecía usted bastante fatigado, en las Tullerías... Ya sabe usted que se debe de representar un proverbio en las habitaciones de la emperatriz, el lunes próximo. Mi hermana desempeñará un papel. Los trajes los ha dibujado Combelot. No faltará usted, supongo.

Y allí permaneció un cuarto de hora largo de talle, flexible, y cariñoso, camelandando á Rougón, á quien tan pronto llamaba «Vucencia» como «querido maestro». Salió con varias anécdotas referentes á los teatrillos, recomendó á una bailarina y pidió una recomendación para el director de la fábrica de tabacos, á fin de obtener buenos cigarros. Y acabó por echar, en broma en broma, terribles pestes contra el señor de Marsy.

—Sea como sea, resulta agradable—dijo Rougón cuando el joven diputado volvió la espalda.—Voy á meter la cara en la palangana; las mejillas me echan fuego.

Desapareció un instante tras de una antepuerta, y se oyó un gran chapuceo en el agua; soplabá y aspiraba fuertemente. En esto el señor de'Escorailles, habiendo terminado de clasificar la correspondencia, acababa de sacar del bolsillo una dimi-

nuta lima con puño de concha, con la cual se raspaba las uñas con todo primor. El señor Béjuin y el coronel miraban el artesonado, tan repantigados en sus sillones, que cualquiera diría que no habían de dejarlos en toda una eternidad. Hubo un momento en que el señor Kahn se puso á revolver el montón de periódicos que se hallaban junto á él, sobre una mesa; miró los títulos y los echó á un lado. Por último, se levantó.

—¿Se va usted?—preguntó Rougón, que volvió á presentarse, secándose el rostro con una toalla.

—Sí—contestó el señor Kahn;—he leído los periódicos y me voy.

Pero Rougón le dijo que se esperara. Llevóle á su vez á parte y le anunció que, á no dudarlo, la semana entrante se dirigiría á los Deux Sèvres, para la inauguración de los trabajos para la vía férrea de Niort á Angers. Muchos eran los motivos que le impulsaban á hacer aquel viaje. El señor Kahn se manifestó embelesado. Había obtenido por último la concesión, desde los primeros días de marzo. Ahora se trataba tan sólo de impeler el negocio, no ocultándosele toda la solemnidad que la presencia del ministro otorgaría á la representación, de cuyos detalles se estaba ya ocupando.

—Así pues, quedamos conformes; cuento con usted para el primer barreno,—dijo al ausentarse.

Rougón había vuelto á sentarse á su bufete. Consultaba una lista de nombres. Tras de la puerta, en la antesala, los que esperaban iban en constante aumento.

—Apenas me queda un cuarto de hora—dijo para sí.—En fin, recibiré á los que pueda.

Llamó y dijo á Merle:

—Haga usted entrar al señor prefecto del Soma. Mas repuso en seguida, con los ojos fijos en la lista:

—¡Espere usted!... Por ventura el señor y la señora Charbonnel, ¿estarían ahí? Déjeles entrar.

Oyose la voz del ujier, que llamaba: «¡Señor y señora Charbonnel!» Y los dos burgueses de Plasans se presentaron, seguidos por las miradas de espanto de toda la antesala. El señor Charbonnel iba de frac, frac de cola cuadrada con cuello de terciopelo; la señora de Charbonnel llevaba un traje de seda color de pulga, y sombrero con cintas amarillas. Hacía dos horas que esperaban revestidos de santa paciencia.

—Deberían ustedes haberme hecho entrar su tarjeta—dijo Rougón.—Merle les conoce á ustedes.

Después, sin dejarles balbucear frases, en que las palabras: «Vuecencia» se ofrecían á todo pasto, exclamó alegremente:

—¡Victoria! El Consejo de Estado ha dado su sentencia, Hemos vencido á nuestro terrible obispo.

La emoción de la anciana señora fué tan grande, que tuvo que sentarse. El marido se apoyó en el respaldo de un sillón.

Esta buena noticia la supo ayer por la noche—prosiguió el ministro.—Como tenía empeño en hacérsela saber á ustedes en persona, les mandé rogar que viniesen esta mañana... ¡Eh! no es mala ganga ¡quinientos mil francos!

Y les bromeaba, satisfechísimo al ver sus semblantes desconcertados. La señora de Charbonnel pudo por último preguntar con voz ahogada y tímida:

—Pero, de veras, ¿ha terminado el asunto? ¿No se volverá á las andadas?

—No, no, queden ustedes tranquilos. La herencia es muy de ustedes.

Y aquí dió algunos detalles. El Consejo de Estado no había autorizado á las hermanas de la Sagrada Familia para que aceptasen el legado, basándose en la existencia de herederos naturales, y anulando el testamento, que no parecía revestir todos los caracteres de autenticidad apetecibles. Monseñor Rochart estaba hecho una furia. Rougón, que le había encontrado el día anterior en casa de su colega el ministro de Instrucción pública, reíase todavía de sus miradas furibundas. Su triunfo sobre el prelado le ponía más contento que unas castañuelas.

—Ya ven ustedes que no se me ha tragado; ¡soy demasiado grueso!... ¡Oh! pero no ha concluído todo entre nosotros; de sobra lo he conocido en el color de sus ojos. Es hombre que no olvida así como así. Pero ésto á mí tan sólo incumbe.

Los Charbonnel se deshacían dando las gracias á fuerza de reverencias. Dijeron que se ausentarían aquella noche misma. Ahora se sentían pasto de viva inquietud: la casa de su primo Chevassu, en Faverolles, se hallaba guardada por una vieja criada, muy devota y consagrada en cuerpo y alma á las hermanas de la Sagrada Familia; tal vez, al enterarse del resultado del pleito, irían á desvalijarles la casa. Aquellas religiosas debían ser capaces de todo.

—Sí, váyanse ustedes esta noche—repuso el ministro.—Si algo allí claudicara, escríbanme ustedes. Les acompañó para despedirles. Cuando se abrió

la puerta, se fijó en la admiración que se pintaba en aquellos rostros de la antesala; el prefecto del Soma cambiaba una sonrisa con sus colegas del Jurá y del Cher; las dos damas, sentadas junto á la mesa, hicieron con los labios un ligero mohín de desprecio. Entonces Rougón levantó la voz con aspereza:

—Quedamos en que me escribirán ustedes... Ya saben en cuánta estimación les tengo... Y cuando lleguen á Plassans digan á mi madre que mi salud nada dejar que desear.

Atravesó la antesala y les acompañó hasta la otra puerta, para que infundieran respeto á toda aquella gente, sin avergonzarse de ellos, pues sentía gran orgullo en haber salido de su insignificante ciudad y en poder ahora colocarlos tan alto como le placía. Y los pretendientes, los funcionarios, inclinados á su paso, saludaban al vestido de seda color de pulga y al frac de cuadrada cola de Charbonnel.

Cuando volvió al gabinete encontró al coronel en pie.

—Hasta la noche—dijo.—Empieza á hacer demasiado calor aquí.

Y se inclinó para susurrarle algunas palabras al oído. Tratábase de su hijo Augusto, que iba á retirar del colegio, desesperando ya de verle conseguir el bachillerato en toda su vida. Rougón había prometido colocarle en su ministerio, á pesar de que á todos los empleados se exigía el título de bachiller.

—Pues bien, estamos conformes, tráigamelo usted—le contestó.—Pasaré por encima de las formalidades. Me valdré de cualquier pretexto... Y

ganará algo en seguida, ya que tiene usted empeño en ello.

El señor Béjuin se quedó solo delante de la chimenea. Arrastró el sillón y se instaló en el centro, sin que pareciese darse cuenta de que la habitación se hallaba ya sin un alma. Siempre se quedaba el último, prolongando aún más su estancia cuando los demás ya se habían ido, con la esperanza de que se le ofreciera cualquier empleillo olvidado.

Merle recibió de nuevo orden de que introdujera al prefecto del Soma. Pero, en vez de dirigirse á la puerta, se acercó al bufete, diciendo con amable sonrisa:

—Si Vuecencia se digna permitirlo, voy á descargarme en seguida de un encargo sin importancia.

Rougón puso ambos codos sobre la carpeta, para prestar atención.

—Se trata de esa pobre madama Correur... He estado en su casa esta mañana. Se encuentra en la cama, con un divieso que le ha salido en salva sea la parte, fenomenal, más gordo que la mitad del puño. No es nada peligroso, pero le hace mucho padecer, porque tiene el cutis muy delicado...

—Bueno, ¿y qué?—preguntó el ministro.

—Por mi parte, hasta he ayudado á la criada para volverla. Pero yo tengo mi ocupación... El caso es que se siente muy inquieta, y habría querido venir á ver á Vuecencia para las contestaciones que está esperando. Ya me iba, cuando me volvió á llamar para decirme que sería yo muy amable si pudiese esta noche llevarle las contestaciones, después de mi trabajo... ¿Sería Vuecencia tan amable?..

El ministro se volvió tranquilamente:

—Señor d'Escorailles, deme usted el legajo que está allí, en aquel armario.

Era el legajo de madama Correur, un enorme envoltorio gris que reventaba de papeles. Encerrábanse en él cartas, proyectos, peticiones de todo carácter de letra y de todas las ortografías; solicitudes para estancos, para papel sellado, demandas de socorros, de subvenciones, de pensiones, de abonos. Todas las hojas volantes llevaban al margen la apostilla de madama Correur, cinco ó seis líneas seguidas de una formidable firma maculina.

Rougón hojeaba el legajo y miraba, al pie de las cartas, las breves notas escritas de su puño con lápiz rojo.

—La pensión de madame Jalaguiet está fijada en mil ochocientos francos. Madama Leturc tiene su estanco... Los abastos de madama Chardon son aceptados... Nada todavía por lo que toca á madama Testanière... ¡Ah! también le dirá usted que he logrado lo de la señorita Herminia Billecoq. He hablado de ella, y hay señoras que proporcionarán el dote necesario, para que pueda casarse con el oficial que ha abusado de su candor.

—Doy miles de gracias á Vucencia,—dijo Merle inclinándose.

Y salía, cuando una linda cabeza rubia, con sombrero color de rosa, apareció en la puerta.

—¿Puedo entrar?—preguntó con argentina voz.

Y la señora de Bouchard, sin esperar respuesta, entró en el gabinete. No habiendo visto al ujier en la antesala, echó adelante como Pedro por su casa. Rougón, que la llamaba «mi querida niña», hízola sentar, después de haber conservado un instante entre las suyas sus enguantadas manitas.

—¿Se trata de algo serio?—preguntó.

—Sí, sí, muy serio,—contestó con boca de risa.

Entonces recomendó á Merle que no permitiese la entrada á nadie. El Sr. d'Escorailles, que había terminado el arreglo de sus uñas, habíase acercado para saludar á la señora de Bouchard. Hízole ésta señal para que se inclinara, y le habló en voz queda y muy de prisa. El joven asentía moviendo la cabeza. Y fué á tomar su sombrero, diciendo á Rougón:

—Me voy á almorzar, no veo nada que valga la pena... No hay más que esa plaza de inspector. Sería preciso nombrar á alguien.

El ministro quedábase perplejo y movía la cabeza.

—Sí, no hay que dudarle; habría que nombrar á alguien. Ya me ha sido propuesta una caterva de personas. Me contraría tener que nombrar á gente á quien no conozco.

Y miraba en torno suyo, hasta en los rincones de la habitación, como para dar con lo que buscaba. De repente sus ojos se fijaron en el señor Béjuin, repantigado delante de la chimenea, silencioso y en el mejor de los mundos posibles.

—¡Señor Béjuin!—llamó.

Este movió beatíficamente los ojos, sin moverse.

—¿Quiere usted ser inspector? Me explicaré: se trata de un destino de seis mil francos, en que maldito lo que hay que hacer, y que es del todo compatible con sus funciones de diputado.

El señor Béjuin movió á un lado y otro la cabeza. Sí, sí, ¡vaya si aceptaba! Y cuando quedaron acordes, aun permaneció allí un par de minutos resoplando de satisfacción. Pero comprendió sin duda que nada más tendría que recoger aquella mañana, y así fué

que se retiró poquito á poco, arrastrando los pies, detrás del señor d'Escorailles.

—Ya estamos solos... Veamos, ¿qué es lo que ocurre, niñaíta mía?—preguntó Rougón á la linda señora de Bouchard.

Había acercado un sillón y se había sentado delante de ella, en medio del gabinete. Entonces reclinó en su traje: llevábalo de cachemira de la India, color de rosa pálido, de desmesurada amplitud, que la cubría como un peinador. Sin proponérselo resultaba vestida con la mayor elegancia. En sus brazos y en el seno, la suave tela parecía vivir; mientras que en la flexibilidad de la falda, amplios pliegues marcaban la redondez de sus muslos. Adivinábase una desnudez muy bien entendida, una calculada seducción, hasta en el talle, fijado un poquito alto, á fin de dejar desembarazadas las caderas. Y ni el ribete de la enagua se dejaba ver; parecía como si no llevase ropa blanca, y sin embargo, resultaba deliciosamente trajeada.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que hay?—repitió Rougón.

La joven se sonreía, mas no se decidía aún á hablar. Echábase atrás, con los cabellos rizados sobre el sombrero color de rosa, exhibiendo la húmeda blancura de sus dientes, entre sus abiertos labios. En toda su carita traslucíase un zalamero abandono, una actitud de súplica ardiente y sumisa.

—Se trata de algo que tengo que pedir á usted—dijo por último entre dientes.

Luego agregó con viveza:

—Empiece usted por decir que me lo concederá. Mas él no prometió nada: ante todo quería saber.

Desconfiaba de las señoras. Y como la joven se inclinase hasta muy cerquita de Rougón, éste le preguntó:

—De algo muy gordo debe de tratarse, cuando no se atreve usted á hablar. Tendré que confesarla á usted, ¿verdad? Procedamos por orden. ¿Se trata de su marido de usted?

La joven contestó que no con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—¡Diantre! ¿Del señor d'Escorailles tal vez? Hace un instante que ambos conspiraban ustedes en voz bajita.

La señora de Bouchard siguió diciendo que no. Hacía una ligera mueca, que significaba bien á las claras que había sido preciso despedir al señor d'Escorailles. Luego Rougón, mientras indagaba con cierta sorpresa, ella acercó todavía más el sillón, en tal guisa, que pareció quedarse entre sus piernas.

—Escuche usted... ¿No me reñirá, eh? ¿No me quiere usted un poquitín?... Se trata de un joven. Usted no le conoce; le diré su nombre tan luego como le haya usted concedido el empleo... ¡Oh! es un empleo sin importancia. No le costará á usted más que una palabra, y le quedaremos la mar de agradecidos.

—¿Uno de sus parientes, tal vez?—le preguntó de nuevo.

La joven dió un suspiro y le miró con ojos mortecinos, dejando deslizar las manos para que Rougón las estrechase en las suyas. Y le dijo en voz muy queda:

—No, un amigo... ¡Dios mío, cuán desgraciada soy!

Y se abandonaba y se entregaba á él al hacer

tal confesión. Era aquél un ataque en extremo voluptuoso, de arte superior, por todo lo alto calentado, para ahuyentar de él los menores escrúpulos. Hubo un instante en que hasta tuvo para sí que inventaba aquel cuento como por refinamiento de seducción, á fin de hacerse desear más aún, al desprenderse de los brazos de otro.

—Pero eso está muy mal hecho—exclamó Rougón.

Entonces, con movimiento rápido y familiar, la joven le llevó á la boca su desenguantada mano. Habíase echado por completo sobre él y sus ojos se cerraban en su desmayado rostro. Una de sus rodillas levantaba su suave enagua, que cubría apenas el finísimo tejido de una larga camisa de noche. Bajo la tela que partía del corpiño se transparentaban las emociones de su seno. Durante algunos segundos, parecióle á Rougón que la sentía desnuda en sus brazos; mas la cogió brutalmente por la cintura y la plantó en mitad del gabinete, incomodándose de veras, y blasfemando.

—¡Rayos y truenos! ¡Tenga usted juicio!

La joven, con los labios como la cera blancos, se quedó delante de él, con la vista fija en el suelo.

—Sí, está muy mal hecho; eso es indigno. El señor Bouchard es una excelente persona, la idolatra á usted y tiene en usted ciega confianza... No, como hay Dios, no seré yo quien le ayude á engañarle. Me niego, ¿lo oye usted? me niego absolutamente. Y le digo á usted lo que pienso, no ando mascullando las palabras, hermosa niña... Se puede ser indulgente; así, por ejemplo, pase...

Se detuvo, pues iba á soltar que le toleraría al señor d'Escorailles. Poco á poco se fué calmando,

y, una gran dignidad se apoderaba de su ánimo. Mandóla sentar, viéndola pasto de un ligero temblor; él se quedó en pie y le echó el gran sermón del siglo, sermón en debida forma, con las palabras más escogidas que se podían imaginar. Ofendía todas las leyes divinas y humanas; iba derecha á un abismo, deshonoraba el hogar doméstico y se preparaba una vejez de remordimientos; mas como creyese entrever una ligera sonrisa en las comisuras de sus labios, hasta pintóle el cuadro de aquella vejez, su belleza destruída, el corazón vacío para siempre, y el rubor de la frente cubierto por sus cabellos blancos. En seguida examinó su falta bajo el punto de vista de la sociedad; en esto sobre todo se mostró severísimo, pues si ella tenía en su abono la excusa de su naturaleza sensible, el mal ejemplo que daba había de quedar sin perdón; lo que le llevó como por la mano á tronar contra el descoco moderno, contra el abominable desenfreno de la época. Vino por último á parar en ocuparse de sí propio. El era el guardador de las leyes y no podía abusar de su poder para dar alas al vicio. Sin la virtud, un gobierno parecíale de todo punto imposible. Y terminó desafiando á sus adversarios á que descubriesen en su administración un solo acto de nepotismo, un solo favor debido á la intriga.

La preciosa señora de Bouchard le escuchaba con la cabeza gacha, hecha un ovillo y mostrando su delicado cuello bajo el adorno de su sombrero color de rosa. Cuando Rougón se hubo desahogado y aliviado, la joven se levantó y se dirigió á la puerta, sin decir oste ni moste. Mas al salir, con la mano puesta en el pomo, alzó la cabeza y se volvió á echar á reir, diciendo entre dientes: